

Renovación Moral

La Enseñanza de Tocqueville

POR LORENZO MEYER

CUALQUIER cambio sustantivo hecho desde el poder en un sistema político notable por su estabilidad es muy difícil de llevar al cabo; casi nunca se logra por completo debido a las inercias y a la resistencia de los intereses creados. La política de "renovación moral" pretende ser justamente uno de estos cambios cualitativos que de tarde en tarde se introducen en nuestro sistema político desde la presidencia y cuyo destino final es difícil predecir pero cuyos efectos tendrán consecuencias objetivas y serán muy reveladores sobre la naturaleza íntima del sistema.

En cualquier caso las modificaciones en las prácticas e instituciones centrales de un sistema político hechas desde la cumbre bien pueden llevar a resultados diferentes de los esperados. Quienes echaron a andar la "renovación moral" deberían tener conciencia de este hecho, pero quizá no. Una lectura de los clásicos es siempre útil, sobre todo en las épocas difíciles. La sabiduría del pasado puede ayudarnos a evitar que se repitan los errores ya consignados por la historia.

★

EN su célebre obra *La revolución y el antiguo régimen* (1856), Alexis de Tocqueville nos dice, reflexionando sobre el triste destino del régimen encabezado por Luis XVI, que: "Uno de los momentos más difíciles para el gobierno es precisamente aquél que sigue a los intentos de reformarse". Y la razón es clara: al señalar desde altas cumbres del poder la sinrazón del pasado inmediato y del propio presente, al admitir los errores, las lacras y la corrupción que la reforma tratara de erradicar, se está abriendo los ojos a muchos miembros de la sociedad que hasta ese momento o no se habían per-

catado de la magnitud de los abusos o simplemente los habían considerado como normales; para muchos de nuestros conciudadanos el que el poder político y burocrático se use en beneficio personal es tan natural como el que a la noche siga el día. Esto puede llevar a generar un apoyo popular efectivo para el reformador, pero también puede restar legitimidad al sistema en su conjunto si la reforma no llega a buen puerto.

★

CUANDO el ciudadano común es llevado por los dirigentes del sistema a tomar conciencia de las lacras gubernamentales —y de la posibilidad de cambiar las reglas del juego en un sentido más acorde con sus intereses—, espera que éstas sean atacadas a fondo y que desaparezcan o al menos que reciban un tratamiento serio. Sin embargo, si esto no ocurriera, si la percepción generalizada fuera la de que la promesa carece de contenido ya que todo sigue y seguirá como antes, entonces las buenas intenciones de la reforma terminan por ser una autocondena del propio liderazgo y del sistema.

Eso le pasó a Luis XVI, cuyos esfuerzos tibios y poco sistemáticos por racionalizar el sistema administrativo francés del siglo XVIII simplemente no dieron resultado y en cambio contribuyeron bastante a la educación revolucionaria de las masas... y aceleraron el fin del sistema al que pretendía fortalecer.

Si la renovación moral propuesta por el gobierno actual no se lleva al fondo —al corazón del sistema— y si dominan como hasta ahora las medias tintas, el remedio puede, a la larga, resultar peor que la enfermedad, pues disminuiría aún más la credibilidad del discurso oficial ante una población cada vez más sensible —entre otras cosas por la crisis económica— a las fallas del gobierno y del régimen mismo.